

EL MUERTECITO



Hacia las tres de la madrugada, me despertó el ruido de la lluvia; y como siempre me ha gustado oír llover desde la cama, permanecí despierto, pero acostado, esperando á que clarease un poco. A intervalos, el agua arreciaba con fuertes golpes de viento que movían furiosamente los árboles; pero, ni relampagueaba, ni se oía tronar. Parecía un temporal de invierno, más bien que una nube de verano, rápida y estruendosa.

—Más vale así—pensé.—Los labradores temían ayer tarde que cayese una granizada.

En seguida me vino á la memoria el maíz que teníamos plantado en el huerto, muy crecido, pero poco robusto. «Van á troncharse muchas cañas,»—dije para mí, interiormente. Y empecé á preocuparme de la cosecha, con esa facilidad que los espíritus inquietos tienen para preocuparse de todas las cosas, especialmente por las noches, durante los desvelos.

El sueño debió de vencerme, sin embargo, porque entraba ya mucha luz por la reja entreabierta cuando me hicieron dar un salto en la cama recios golpes que daban en el patio exterior. Inmediatamente, oí la voz

de una criada que preguntaba: «¿Quién es?» No pude entender la contestación, ni el diálogo que siguió á ella. Hablaban en voz baja, advertidos, sin duda, de lo temprano de la hora. Miré el reloj y vi que eran las seis.

—¿Deberé levantarme?—pensé.—Creo que ya no llueve, y la mañana estará fresquita. Dará gusto ir por ahí.

En un momento me lavé y me vestí, abriendo en seguida de par en par la ventana. No llovía, en efecto; pero aún estaba muy nublado, y corría un vientecillo húmedo que llenaba los pulmones de ese olor de tierra mojada, tan agradable en el campo.

—¿Quién es?—pregunté, asomándome á la reja.

—Yo, señorito—contestó un hombre que junto al pozo estaba llenando un cántaro.—Venía á decirle que el chico se ha muerto.

El chico era un ahijado mio, un niño de dos años, hijo de un arrendatario nuestro, que tres días antes había sido atacado de una enfermedad intestinal no bien definida. La verdad, no creí que el niño estaba para morir, y me sorprendió la noticia. El día antes lo había visto, á mi parecer, mejorado, aunque le seguía la hinchazón del vientre.

—¡Pobre criatura!—dije.—¿Cuándo ha muerto?

—Esta noche á la una. Su padre me envía para que diga usted lo que hay que hacer.

—Eso, ustedes—contesté.—Lo que haya costumbre.

—La costumbre es que los padrinos hagan la mortaja.

—Pues que la compren á su gusto, y me avisen cuando sea el entierro.

—Yo mismo vendré, señorito.

Se alejó el hombre y yo quedé un buen rato cogido á la reja, extrañamente emocionado por aquella muerte, pensando en el entierro, en el dolor de la madre, en

mis deberes de padrino... Y, ya no pude hacer nada á derechas en todo el día.

*
* *

A las cinco de la tarde me enviaron un recado:

—Esperan á usted para el entierro, señorito.

Era la primera vez que asistía yo á una ceremonia semejante en la aldea, y confieso que me preocupaba un poco. Me vestí despacio, retrasando el momento. Tenía miedo de impresionarme, de hacer triste figura delante de la gente; pero al cabo, hube de ir. Al llegar á la plaza sonaron las campanas y el cura entraba en la sacristía.

—Llega usted muy á tiempo—me dijo.—Enseguida voy.

Me dirigí á la casa y tuve que abrirme paso por entre un grupo compacto de mujeres y niños que obstruía la puerta. Dentro también había mucha gente; y como la casa era pequeña, baja de techo, sofocaba el calor. En un rincón de la cocina la madre lloraba y gritaba, doliéndose de su infortunio. El muertecito, colocado dentro del ataúd forrado de tela azul, yacía sobre una mesa, cubierta con amplia sábana cuya puntilla, ancha y lujosa, barria el suelo. A su lado estaba el padre, de pie, con el sombrero puesto, como todos los hombres. Le alargué la mano y miré al muertecito. La carita, días antes tan fresca y sonrosada, parecía ahora de cera, pero no se habían desfigurado sus rasgos. A no ser por la extrema palidez hubiérase dicho que dormía el pobre infante; y bajo el vestido color de rosa que lo cubría, el vientre formaba apenas un bulto de suave redondez. No me atreví á besarlo, pero lo bendije, como es uso en los padrinos, y me hice atrás, resistiendo difícilmente á las ganas de llorar que me apretaban con fuerza la garganta. Arrimado á la pared, sin hablar

nada, esperé la mirada fija en el suelo, maravillado de la serenidad que todos, exceptuando la madre, tenían en aquel trance doloroso.

—Quizá debe ser así—pensé.—La vida ciudadana nos hace demasiado sensibles, la neurastenia nos debilita.

Sonaron de nuevo las campanas, y dos hombres trasladaron la mesa con el muertecito al pasillo de entrada, cerca de la puerta. El grupo de mujeres y niños había aumentado; y así que vieron la caja, se fueron acercando uno á uno, para besar el cadáver. Nadie parecía temeroso; á nadie sobrecojía el espectáculo de la muerte.

Llegó el cura con los monaguillos y cantó el responso, rociando el ataúd con agua bendita. Sólo entonces se quitaron el sombrero los hombres. Terminado el canto, emprendimos la marcha hacia la iglesia. Gran número de gentes nos seguía y entró con nosotros. Depositado el ataúd—que llevaban cuatro muchachitos—en medio de la nave, se repitió el responso, más largo, con mayor ceremonia; y por un momento tuve la ilusión de que, acabado el canto, el niño iba á levantarse, á correr por la iglesia con su vestidito color de rosa, que le daba un aire de fiesta, á pesar de todo. Por natural asociación de ideas, pensé, al sentirme tan emocionado, qué sería de mí si algún día tuviese hijos y se me murieran como se había muerto aquel pobre infante, á quien solo vi tres ó cuatro veces cuando vivo; y apoderándose de mí el sentimiento, me fué dominando un terror loco, invencible el miedo á sufrir más, á experimentar más crueles dolores.

Salimos de la iglesia y volvimos á la casa. El ataúd siguió calle adelante, camino del cementerio. En la puerta quedamos el padre, el abuelo y yo, sombrero en mano. El acompañamiento comenzó á desfilarse ante nosotros.

—¡Sea enhorabuena!—iban diciendo los hombres, fuertes en la creencia de que los niños muertos son un ángel más en el cielo y un escalón para la gloria de sus padres.

—¡Sea enhorabuena!—pensé yo.—Tal vez aciertan más diciendo eso, que nosotros llorando tanto á nuestros niños. ¿No es una fortuna morir antes de haber conocido las amarguras de la vida? La enhorabuena es para él, que duerme ya el sueño eterno. ¡Ay de los que quedan!



EL TÍO PEPE MISAS

(Fragmento)

No recuerdo haber visto nunca entrar en el puerto el laud del tío Pepe Misas. Verdad es que, entonces, no solía fijarme mucho en esas cosas y que, por otra parte, el laud aquél no llevaba señal alguna que lo distinguiese de cualquier otro. Chato, pintado de negro, hundido en el agua, se me figura verlo siempre anclado junto á otros muchos de su mismo porte, frente á la Pescadería y con la proa casi tocando á tierra. El mar, tan alegre en medio del puerto y en la bahía luminosa, recamada por el centelleo del sol, tenía en aquel sitio un aspecto verdaderamente lúgubre. El agua era de un verde sucio, sin transparencia alguna; olía mal y, á veces, flotaban sobre ella grandes capas oleaginosas, como si hubiesen vertido desde los barcos los restos de la alcuza, ó los residuos del quinqué de petróleo.

Delante de la línea de faluchos, el piso del muelle era también de un aspecto repulsivo; cuando llovía, el barro formaba una masa blanducha en que se hundían los pies hasta el tobillo, y para esquivarlo era preciso avanzar á saltos, utilizando las planchas de madera

puestas de trecho en trecho para servicio de los buques, ó los grandes cables amarrados á los pilones de piedra. Si el tiempo era seco, el polvo formaba montones juntamente con desperdicios de las mercancías desembarcadas; y en todo tiempo manchábanlo los residuos del carbón, sedimentados en capas numerosas, día tras día.

Casi todos los faluchos de aquella rinconada eran carboneros. Venían de las Baleares; aunque, á decir verdad, nunca lo supe yo de cierto más que con referencia al del tío Pepe. Sin dificultad creereis que la cosa no me importaba mucho; y si he de ser completamente sincero, confesaré que las primeras veces que vi al patrón, me causó un miedo más que regular. Y ahora me doy cuenta de que no he dicho una cosa importante para este relato, á saber: su cualidad de producto de mis recuerdos de niño; recuerdos enteramente olvidados en un rincón de la memoria desde hace mucho tiempo y que ahora han resurgido de pronto, sin saber porqué, como una de esas florecillas que, de la noche á la mañana, vienen á poetizar la mancha verde, monótona de un prado, sin que la voluntad del hombre las trajera. También hay para mí una poesía hondísima en esa reproducción de un pasado remoto, esfumado en unos sitios, en otros, enteramente desvanecido, lleno de lagunas y de saltos, de incoherencias y soldaduras caprichosas que lo acercan al país de la leyenda. Irradía esa poesía, principalmente, de las figuras de seres muy queridos para mí, á los cuales, por condición natural, va unida la representación de casi todos mis actos, en aquella edad temprana; pero también nace de los hechos mismos y de las cosas que entonces vi y que hirieron profundamente mi atención de niño, despierta y observadora.

Como dije, el falucho del tío Pepe traía carbón, (carbón de madera, por supuesto), distribuido en grandes

serones de esparto que pesaban, aproximadamente, un quintal. Apenas fondeado el barquito, el patrón hacía desembarcar dos ó tres de aquellos serones y los colocaba sobre el muelle, delante del falucho. Luego, con unos palos ó remos (no recuerdo bien cual de las dos cosas) arreglaba un colgadero para la romana en que había de pesarse la mercancía; y cádate ya instalada la tienda al aire libre. Como ella eran las otras; pero yo hacía caso omiso de las demás. No había para mí otra que la del tío Pepe.

El cual, era un hombre de mediana estatura, cara rugosa y afeitada por completo y con una pipa pendiente de la boca, siempre cerrada. No me puedo figurar al patrón mallorquín más que con la pipa, que constituía á mi ver, como un apéndice de sus labios descoloridos. Las manos llevábalas metidas en los bolsillos de un chaquetón negro, por lo común abotonado. Cubría la cabeza con un sombrero blando, de anchas alas, que jamás le vi quitarse, y por bajo de él asomaban las orejas velludas, una de las cuales ¡oh asombro mío! estaba adornada con un pendiente.....



RECUERDOS DE NAVIDAD

Cada año más, al llegar estos días, se agolpan á mi memoria los recuerdos de la niñez y de la adolescencia. El recordar mucho dicen que es de viejos. En cierto sentido, sí, puesto que, cuanto más se haya vivido, más puede recordarse, ya que la memoria es la conciencia de lo pasado.

Pero juventud y vejez son cosas muy relativas y hasta muy fragmentarias, en el espíritu y en el cuerpo. Quiero decir, que cabe envejecer en parte y en parte continuar siendo joven. Hay algunos privilegiados—imitémosles todo lo posible—que conservan perennemente la frescura juvenil de su inteligencia, sin cerrar la jamás á la renovación de ideas, al impulso generoso de la novedad y el progreso, aunque en las otras cosas de su vida se manifieste la grave pesadumbre de la edad. Otros hay, por el contrario, que se acartonan y envejecen muy pronto, ya por encerrarse en una doctrina irreformable (estos son los que el vulgo llama «consecuentes»), ya por vendarse los ojos con el más tupido misoneismo, y esos ofrecen el contraste de una *juventud vieja*.

Se puede, no obstante, seguir siendo joven por las

ideas y por las energías físicas, y haber entrado ya en cierta especie de vejez *moral* ó sea (dando á la palabra el sentido amplísimo con que la usó Spencer), en lo relativo á la conducta y dirección general de la vida. Hay, en efecto, en la juventud, una nota que sirve, con otras muchas, para caracterizar ese grado de desarrollo, particularmente en lo espiritual; y es la imprevisión, el predominio exclusivo del hoy, del momento presente, lleno de sorpresas y de ilusiones. El verdadero joven no piensa—con relación á sí propio—en el mañana; no le preocupa; lo ve muy lejos y tiene fé en que ha de serle propicio, creyendo que ha de parecerse al día de hoy. Por lo mismo, tampoco piensa en el ayer. Carece de recuerdos para sus años de adolescencia, que mira con cierto desprecio, gozoso de haberlos traspasado para llamarse ya «hombre». No encuentra poesía ni agrado en la evocación de aquella vida que aún está muy reciente y que ya se ha perdido en las lejanías de un pasado brumoso. Hay que gozar del momento nuevo: hay que dejarse arrastrar por la fiebre de la primavera... Y en el cuadro de la memoria, no existen líneas ni colores más que para lo inmediatamente próximo.

A medida que va cesando ese ardor; que la novedad va perdiendo su encanto y que los hombres se encarriplan y serenan, parece como que se rehace la unidad de su vida; apreciando el valor que toda ella tiene, en la interna dependencia en que cada momento está con los que le precedieron y los que han de seguirle. Entonces, el pasado vuelve á surgir en la memoria. Considerables lagunas lo dividen y fragmentan. En la gran remoción de la juventud, muchos recuerdos han sido sepultados en el misterio de lo inconsciente. Pero aquí y allá surgen islotes, alumbrados por una luz de oro y rosa, que es la luz de la poesía con que volvemos á vernos en la proyección de nuestros años primeros.

Otra vez importa lo que fuimos para lo que deseamos ser hoy y mañana; y cada día hace resurgir hechos nuevos, verdaderas sorpresas análogas á esas otras que llenan de júbilo (y de asombro algunas veces) al espíritu cuando, al repasar legajos de papeles viejos, hallamos ideas, observaciones, apuntes totalmente olvidados y que son, no obstante, las raíces de muchas cosas que, años después, hemos tenido como novedades y hallazgos de nuestra inteligencia.

A esa rememoración de lo pasado llega ya mi vida, y en ella me extasio, bebiendo á grandes sorbos (cuando mi alma reposa en la intimidad de sí misma) la poesía honda y serena que la inunda. Hay épocas del año en que los recuerdos son más vivos y amables. De ellas es esta época de Navidad.

Mientras el invierno asturiano lanza sobre nosotros sus nortadas locas, henchidas de nieve, yo veo en mi interior el apacible cuadro de aquella bahía levantina llena de sol, pintada de azul y oro, en cuyas riberas pasé mi niñez y mi adolescencia. Me veo pasear en estos días decembrinos al borde del agua tranquila, luminosa y trasparente, de un tono esmeralda que tiñe hasta las arenas del fondo, sobre las cuales, pasan, ligeros y retozones, los pececillos, ó flotan, tendiendo á subir hasta la superficie, las medusas de colores ténues y larga cabellera... A ratos, leo un libro. Es el *Almanaque de la Ilustración*, ó la última novela de Julio Verne, que he comprado con los aguinaldos. Paso con ansia las hojas en que el novelista francés—para mí, un genio entonces—cuenta las aventuras en *El país de las pieles*, las de *Miguel Strogoff* ó las de *Hector Servadae* y, en mi impaciencia, dejo el texto y acudo á los grabados, pidiéndoles anticipaciones de los lances futuros... Un silbido lejano me llama la atención. Vuelvo la mirada hacia el mar y veo cómo se acerca cabeceando, en demanda del puerto, un vapor que avisa su

entrada y se corona de humo. Corro á la farola, donde llego cubierto de sudor; y llego á tiempo para admirar cómo el buque se desliza majestuoso por la estrecha bocana, á pocos metros de ambos muelles... Un marinero saluda á los pescadores de caña que aguardan con santa paciencia el engaño de algún pez, sentados sobre las duras losas. Yo también me siento, bajo el fanal verde cubierto ahora de lona gris. El agua de la bahía entra en anchas ondulaciones, amenazando rebosar en la dársena; y al salir de las grietas del muro, silba, murmura y se queja juntamente con el aire. Allá en el fondo brilla el caserío de la ciudad, entre el encaje del paseo de palmeras. Más arriba, el cerro del castillo como una gran pantalla de ocre, refleja la luz crudamente y muestra la aridez de sus flancos desolados. Se ve flotar en el morro la bandera de la patria... Dan horas; y el sonido vibrante del reloj de San Nicolás se repite en un eco que parece salir de lo más hondo del horizonte, de aquella línea en que se juntan los dos azules del mar y el cielo... Vuelvo á leer, olvidándome de las horas que pasan, envuelto en la caricia tibia, halagadora, del sol levantino.

Otras veces, subo á la muralla de la escollera. Vamos muchos, toda la pandilla del Colegio, los compañeros de siempre. Nos han dicho que ha nevado en Aitana y en la Carrasqueta, y vamos á presenciar, aunque de muy lejos, el chocante espectáculo. Desde allí arriba se ve, por una cortadura de los cerros costeros, entre el castillo y la cantera. Y en lo más remoto del horizonte, divisamos la cima alomada de aquellas sierras, cubiertas de nieve blanquísima. Un ligero vientecillo sopla del Norte azotándonos la cara; y por sugestión muy natural, nos estremecemos como si de pronto aquel sol que inunda la muralla, se hubiese enfriado y enviase rayos de hielo...

Después bajamos á la escollera, en busca de algas,

de caracoles, de cangrejos. Nos movemos torpemente con nuestros trajes de gala, nuestras botas de tacones altos y suela fina. Pero nada nos importa. La fiebre de la pesca y la poesía del mar—que á nuestro modo también sentimos,—nos absorben y nos proporcionan grandes placeres. De pronto, las lecturas hacen su efecto. El escenario se transforma. La imaginación corre desbordada é inventa maravillas. Aquello no es la escollera; es la costa de una isla inhabitada, de un país misterioso. Julio Verne, Maine Reid, Gustavo Aimard, nos ofrecen materiales abundantísimos. Hay que construir una calzada, un puente, para llegar al islote próximo... Los indios nos persiguen. Allí están el paso del Carcajú, la bahía de la Muerte, el cabo del Naufragio. A cada uno de nosotros se le ocurre un detalle, una peripecia nueva... Removemos pedruscos que caen en el agua salpicándonos... Preparamos emboscadas... Somos inventores, creadores de un mundo fantástico, rico, admirable. Nuestros autores favoritos se quedan muy atrás. La niñez es más fecunda, más lozana de imaginación que cien literaturas.

Y toda esa balumba de recuerdos refresca mi espíritu, que empieza á cansarse de los libros y que cada vez halla más novedades en el espectáculo de la vida de los hombres.



EL ALMACÉN

Ocupaba el colegio la planta baja y los dos pisos de un gran caserón, á la entrada de la calle; y como ésta no era muy ancha, el edificio de enfrente—un caserón también, ocupado por una fonda—arrojaba constantemente sobre nosotros la mancha triste de su sombra, privándonos de ver el sol y el mar que, al otro lado, rompía sus olas sobre la playa y la escollera. En cambio, veíamos salir y entrar por la puerta trasera de la fonda al cocinero y los criados, que por la mañana iban á la compra y volvían de ella, y por la tarde tiraban al arroyo todos los desperdicios y barreduras de la casa.

Cerca de allí, había un tabernucho, y no era raro sorprender á los marineros que lo frecuentaban, en muda contemplación del muro de la fonda, muy pegados á él y dejando, como recuerdos de su visita, charcos húmedos y mal olientes en el suelo.

El único sitio alegre de nuestra prisión pedagógica era el balconcito de esquina, por el que se atisbaba algo del puerto, es decir, de los palos y vergas de las embarcaciones surtas en la dársena. De vez en cuando llegaban hasta nosotros, interrumpiendo la silenciosa

quietud de las horas del estudio, los silbidos penetrantes de las sirenas ó de la locomotora del tren de carga, que traía los vagones hasta el mismo muelle.

Yo era externo, y á las doce venía por mi Pascuala, una sirvienta antiquísima, que nos había visto nacer á todos y nos quería como si fuéramos hijos suyos. Pero en casa no se comía hasta la una y, por lo general, iba yo á pasar la hora de intervalo con uno de mis tíos, cuya oficina estaba próxima al colegio. Era en la misma calle, pasada la fonda. Una planta baja inmensa, alta de techo, con las paredes negruzcas. Cerca de la entrada se había reservado un rectángulo, cerrado por tablas pintadas de ocre, para el escritorio. En el centro, pendía de una viga una balanza enorme, cuyos platos (no me atrevo á llamarles *platillos*) de madera, bien podían contener una vaca, con rabo y todo. En el fondo, contra la pared, creó recordar que había sacos; y en una rinconada subía hasta el techo un montón enorme, blanquísimo, de sal. Aquel montón constituía una de mis delicias mayores; es decir, para ser exacto, compartía mis preferencias de muchacho con la balanza que, naturalmente, me servía de columpio.

Mis ejercicios en el montón de sal consistían en trepar por él hasta lo alto, cosa nada fácil, porque, como supondréis, el terreno era movedizo y la pendiente respetable para un rapazuelo como yo. Pero, en fin, á costa de grandes fatigas, llegaba. ¿A lo alto? No. Estaba muy alto: á media ladera, que diríamos. Y desde allí, tendido de espaldas, dejábame deslizar hasta el suelo con gran ruido de los terrones de sal, que rodaban por todos lados.

Mi tío no era partidario de esta primitiva montaña rusa. Aunque débil con nosotros, hasta el punto de mimarnos—á mis hermanos y á mi,—con exceso, no me consentía muchas veces aquel ejercicio. Alegaba que la sal se echaba á perder, que mi blusa—una blusa

larguísima de colegio, azul y, con rayas—tampoco salía gananciosa y, en fin, que me podía yo romper la cabeza á poco que me descuidase. Con el columpio transigía mejor, pero bajo la vigilancia del criado ó mozo del almacén, de cuyo nombre y figura no me acuerdo. Allá, en lo más hondo y oscuro de la memoria, parece que adivino dos imágenes, lo cual debe querer decir que hubo dos mozos; uno de ellos, quizá no muy joven, grueso, con esa gordura linfática que suelen dar el arroz, el clima y la santa tranquilidad de los pueblos de levante.

Resultado de todas estas limitaciones á mis entretenimientos, era que, las más de las veces, me dedicase á la vida sedentaria propia del almacén. Sentábame en un banquillo de madera, junto al mozo, mientras mi tío escribía en su despachito ó hablaba con los que venían á buscarle. ¿Qué era aquello? Entonces, ni me daba yo cuenta de lo que fuese, ni me importaba averiguarlo. ¿Almacén del Estado, de Rentas estancadas, ó depósito particular? No sé. Si, más tarde, hice esta pregunta, he olvidado la respuesta. Hay en mis recuerdos un vacío de muchos años.

Pero lo imborrable es la impresión de calma, de silencio, de *molorra*, que emanaba de todas partes y se adueñaba de mí en cuanto abandonaba los ejercicios mencionados. Los visitantes escaseaban muchos. No debía dar mucho de sí el negocio, ó bien se hacía por manera impersonal y misteriosa, ó en otras horas de las que yo pasaba en el almacén. Durante ellas, lo más corriente era la soledad. El mozo dormitaba ó no, pero callaba, metido en su rincón. Los tres ó cuatro gatos que defendían el almacén de la grey ratonil, callaban también, acostados perezosamente al sol, una hermosa faja dorada que, por encima de la casa fronteriza, inundaba el almacén hasta la línea del escritorio. En pleno invierno, era una delicia bañarse en aquella luz

caliente, que hacia brillar el polvo suspendido en el aire; y ahora me explico el por qué me gustaba tanto estar allí, no obstante la paz aburrida de aquel sitio. La alegría del sol lo animaba todo, y desde mi banco, mirando hacia fuera, veía casi siempre el cielo, de un azul purísimo, insondable... A medida que pasaba el tiempo, el sol se iba retirando, y nosotros (el criado, los gatos y yo) íbamos acercándonos al umbral, para no perderlo.

La calle era también silenciosa, poco pasajera. Enfrente del almacén habia una posada, paradero de los carros de huertanos y de un coche de linea, de no sé dónde. Todo ello debía mover gran algazara á primera hora. Pero de doce á una, los carros desenganchados, las bestias metidas en la cuadra y los carreteros, ó comiendo en la cocina, ó desparramados por la ciudad para despachar sus negocios, no animaban el cuadro con voces ni ruidos. Muy rara vez promovíase una riña á la puerta de la posada: riña de gritos, que nunca vi pasar á mayores. Luego volvía el silencio, la calma perezosa de las capitales pequeñas; y del fondo del almacén, á cada momento más oscuro, parecían salir hondas misteriosas que predisponian á la soñolencia.

A la una, mi tío dejaba sus papeles, se ponía el sombrero y salíamos. El mozo cerraba la enorme puerta de dos hojas, cuyo golpe retumbaba sordamente en el vacío del almacén. La llave era muy grande y rechinaba en la cerradura como si se quejase. Aún daba el sol en la acera.

Pasábamos por delante de otra puerta tan ancha y alta como la nuestra, y nos daba en la cara el olor de los bacalaos apilados, que volvíamos á oler muchas veces, en las demás calles, antes de llegar á casa...

Y por la tarde, en el colegio obscuro, sombrío, fastidioso, recordaba con envidia aquella perezosa quie-

tud del almacén, en que el tiempo se deslizaba suavemente y mi espíritu joven soñaba cosas que mi memoria quisiera recordar; porque no me cabe duda que soñaba...

